

Una muerte en Jerusalén

La traducción de este libro ha sido posible gracias
a una subvención del Goethe-Institut.



Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *De Vriendt kehrt Heim. Roman*

En cubierta: Mapa del Monte del Templo desde el este, Jerusalén, de autor
anónimo (1652-1708), Rijksmuseum © rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

Ilustraciones de las páginas 17-19: Mapa de Jerusalén y alrededores.
La Biblia, Alemania, ca. 1895 © Kohl-Illustration / Alamy Stock Photo
© Aufbau Verlage GmbH & Co. KG, Berlín 1932, 1962, 1996, 2008, 2024
(publicado en Die Andere Bibliothek, un sello editorial
de Aufbau Verlage GmbH & Co. KG)

© De la traducción y el prólogo, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-26-4

Depósito legal: M-11.825-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Arnold Zweig

UNA MUERTE EN JERUSALÉN

De Vriendt vuelve a la tierra

Traducción del alemán y prólogo
de Virginia Maza

 Siruela

Libros del Tiempo

Para Lily Offenstadt

Al-Quds, dicen los árabes y tocan el suelo con la frente.
Hierosolyma, exclaman los ortodoxos cumpliendo por fin sus votos;
Yerushaláyim, te llamamos los hijos de Sem que regresamos.
Pero los pueblos más jóvenes te saludan,
ciudad de las murallas, como *Jerusalén*.

Extracto de las *Cuartetas* de De Vriendt

LIBRO PRIMERO

Un intelectual solitario

En mil lenguas Te rezan
y hay quienes se arrastran hacia Ti...
Si eso Te place, ¿qué podrás querer de mí?
Permite que Te odie, pues soy un hombre.

Extracto de las *Cuartetas* de De Vriendt

Un buen amigo

Lolard B. Irmin, el hombre más importante del servicio secreto británico en la administración de Judea (la Palestina meridional), tenía uno de sus «días europeos». Así se refería él a ese estado de ánimo que lo asaltaba alguna que otra vez y lo hacía andar con la cabeza embotada, sudores fríos y la sensación de que el corazón se le iba a salir del pecho. Todo lo que le ocurría y concernía le resultaba extraño: sus ocupaciones, la ciudad de Jerusalén, el país y hasta él mismo.

Nada le hacía sospechar que aquel miércoles no fuera a ser como cualquier otro, pero la mirada indolente del destino se había posado en uno de sus amigos y se disponía a cambiar su vida y la de miles de personas más. A última hora de la mañana, estaba refugiado en la habitación más fresca de la casa de Musrara. La había alquilado al efendi Ahmed Jouzy y costaba un dineral, pero era bonita y tenía un vestíbulo de techos abovedados con una fuente para refrescarlo: un lujo poco habitual en la ciudad de montaña más árida del mundo. Estaba como agazapado en un taburete, fumando una pipa sin disfrutarla y con las manos febriles caídas entre las perneras blancas del pantalón, tenía el rostro sonrojado, un tupido bigote pelirrojo y la mirada azul, ausente; desencajado por la duda. ¿Estaba loco? Sin duda. Solamente un loco habría jugado a ser agente del servicio secreto durante cinco años entre las piedras de

esa ciudad abandonada por los dioses; solamente un loco se dejaría capturar en las redes tensadas entre judíos y árabes, británicos y musulmanes, y entre todo tipo de confesiones (coptos, abisinios, protestantes, ortodoxos y católicos), entre los consulados de todos esos pueblos que, tras el derrumbe de la Torre de Babel, quedaron reducidos a una división tal que habría abochornado a las razas de perros o de caballos. ¿Por qué demonios no había abandonado hacía tiempo esa región en la que Inglaterra intervino en nombre de la Sociedad de Naciones para solo conseguir que todo el mundo peleara por ella? Bien podría haber estado jugando al polo durante esos años en una colonia saludable y frondosa, o en casa, en South Devon, con esposa e hijos (como, según las reglas del buen vivir, es conveniente para un hombre de treinta y tantos). ¿Qué le impedía, dioses del Lejano Oriente, labrarse una carrera en el reino del magnífico Buda y a la sombra de los cedros de Simla? Con sus méritos, no le habría resultado difícil. Sin embargo, ahí estaba él, atrapado en Jerusalén, en una ciudad sin agua ni bosques ni paz, y donde cincuenta y dos naciones y sectas se despreciaban en secreto, por la sola razón de no poder alejarse de ese fascinante pedazo de roca desnuda que, entre el desierto y el Mediterráneo, une Asia y África: uno de los tres centros de gravedad del mundo.

El mes de julio de 1929 estaba a punto de terminar y el cielo cubría la ciudad como una campana de acero azul deslustrado. Hasta las seis de la tarde —y aún faltaba una eternidad—, no iba a correr algo de brisa marina sobre los montes de Judea para que los hombres subieran a sentarse en las azoteas, a la sombra de toldos de lino humedecidos. Mientras tanto, solo se podía dejar que pasara el tiempo. Se podía leer, se podía dormir y, sobre todo, se podía pensar. Irmin esperaba a su hombre de confianza y el mejor de todos sus subordinados, el musulmán circasiano Mahmud Ivanov, pero solo iban a tratar minucias del día. Se encontraba con las manos atadas ante lo verdaderamente preocupante: la tensión creciente que se res-

piraba en el país. Apenas había llovido en cuatro meses, desde que a comienzos de año cayera la lluvia tardía, el *malkósh*, y pasear por las calles de Musrara y aún más por la Ciudad Vieja era tan sofocante como estar metido en una sauna seca. Con los nervios a flor de piel y las espadas en alto, cualquier nimiedad podía llevar a cometer locuras. Era la época perfecta para los incendiarios políticos y Alá sabía que no faltaban. La disputa por el Muro de las Lamentaciones estaba en efervescencia.¹ Hasta el momento, se había librado sobre el papel: en artículos de prensa, textos legales y también, desde el principio, escritos aparentemente piadosos de oraciones y sermones judíos y árabes. Sin embargo, ese asunto que a los extranjeros les parecía insignificante —y así lo trataba también la administración— era en realidad tan temible como la dinamita, puesto que podía inflamar el fanatismo religioso de las dos partes. Y él, Irmin, era incapaz de lograr que *los de arriba* lo entendieran. «Este juego los ha tenido ocupados durante los últimos nueve meses y no ha pasado nada; dejemos que los mantenga alejados de peores líos otros nueve», dijo Robinson con una sonrisa la última vez que hablaron sobre el tema, y eso que el alboroto que armaron ciertos periódicos árabes a propósito de las amenazas a la Explanada de las Mezquitas bien podría relegar a las trompetas de Jericó a la categoría de inofensivos instrumentos musicales (Irmin, por cierto, estaba obsesionado con la idea de las trompetas de Jericó, a pesar de que, como demostró hacía tiempo el profesor Garstang, no fueran más que una invención, igual que el cuerno de Roldán, la flauta de Marsias o la lira de Orfeo).

¹ La tensión, que bebía de muchas fuentes, además de las estrictamente religiosas, comenzó a crecer exponencialmente en 1928, cuando corrió la sospecha de que los judíos pretendían ampliar el área del Muro de las Lamentaciones, en detrimento del emplazamiento de Haram al-Sharif, el Monte del Templo o Explanada de las Mezquitas: el enclave de la mezquita de al-Aqsa. (*Todas las notas son de la traductora*).

Lolard B. Irmin suspiró, apagó la pipa, cogió una cajita y sacó papel de seda, unos cuantos limpiapipas y una botella de propanol, y se dispuso a limpiarla como es debido. La desarmó. Primero, la cazoleta de madera veteada, luego la boquilla de ebonita negra y, para terminar, el conducto de plata del interior que, mediante un ingenioso diseño de ranuras y caños, absorbía los desagradables depósitos de la combustión y servía para enfriar el humo. La habitación empezó a oler a alcohol evaporado y al tufo acre de la amarillenta nicotina.

Puede que fueran malos tiempos, pero, sin duda, también eran los más apasionantes que podría vivir un hombre. Inglaterra se batía por la posesión de la India y lo hacía sin ruido ni violencia en exceso, sino con la maestría de una mano experta. Atrás habían quedado esos días de estupidez en que un general inglés (en Amritsar, por poner el caso) solo podía dispersar manifestaciones de población hindú con fuego de ametralladora (o en eso se confiaba). Tampoco era necesario andar tras el rastro de bolcheviques ni de la mano de Moscú por todas partes. ¿Que el señor Gandhi quería escapar del Imperio británico con sus hindúes y regresar a una época de idílica inocencia? Lo único que hacía falta era adoptar una política decididamente promusulmana. Precisamente era lo que estaban haciendo en ese momento y sus expertos — Irmin sonrió mientras rascaba el conducto de la pipa con un alambre como si fuera la chimenea de una fábrica, y él, el deshollinador — creían que podrían ganarse a los musulmanes si ofrecían a los sionistas en sacrificio. La política en Oriente requería mucha sensatez y, por desgracia, quienes más la necesitaban no siempre la tenían. ¡Ay, desde luego que no! Inglaterra se había excedido en sus promesas cuando luchaba igual que Roldán en Roncesvalles. Prometió de más a árabes, a judíos y al mundo entero, y ahora que la guerra estaba ganada y Europa, con la ayuda de Francia, transformada en una casa de locos, tenía que repartir a las dos partes una mínima dosis de satisfacción y otra enorme de decepción. Los judíos, o más exactamente los

sionistas, tenían el compromiso de que Palestina se convertiría en un hogar nacional judío. La promesa la hizo el viejo lord Balfour en una célebre carta, conocida después como Declaración Balfour. Por su parte, los árabes querían una Arabia libre, con sus propios soberanos. Parecía que a estos les faltara la astucia de los judíos de Europa occidental, que hicieron todo cuanto estuvo en su mano para levantar el país y que, en la persona del profesor Weizmann, defendieron la causa sionista con una habilidad y una perseverancia inquebrantables sin que los reveses, las intrigas, ni siquiera los derramamientos de sangre los hicieran flaquear. ¡Era endiabladamente complicado encauzar las cosas en una situación así!

El hombre que fue capitán del Ejército de Su Majestad durante la guerra comprobó ufano lo limpia que había dejado la pipa y la montó de nuevo para guardarla a «reposar» en el armario. Acto seguido, llenó otra y salió al patio para encenderla con una lupa y la luz del sol. Para algo tenía que servir que el viejo siguiera ardiendo en lo alto, azotando implacablemente la blanca piedra caliza de Jerusalén, sus casas y sus adoquines. Con que solo rozara la piel, se echaba a sudar, la garganta se cuarteaba y más valía darse prisa en volver a corredores frescos y estancias umbrías para pedir un té caliente con limón, la bebida más refrescante en tiempo de canícula. El capitán Irmin debía ese y otros saberes prácticos a los meses que pasó en la Rusia occidental después de la guerra, con una comisión de oficiales interaliada dedicada a custodiar la neutralidad de Vilna, hasta que el general polaco Zeligovski tomó la ciudad para Polonia al frente de sus escuadrones. En aquel tiempo descubrió los placeres del té caliente en verano y se familiarizó con la mentalidad de los judíos orientales (y, en consecuencia, también de los judíos que acudían en gran número a Palestina para levantar el país). Eso lo distinguía de la gran mayoría de sus colegas de la administración inglesa, de los consulados y de las contadas compañías de gendarmes con las que la potencia mandataria controlaba el país que bordeaba el canal de Suez.

Los judíos rusos o polacos eran verdaderamente singulares y a los europeos occidentales, sobre todo a los ingleses, les resultaba complicado tratar con ellos. En consecuencia, quien los comprendía tenía una ventaja en el juego de fuerzas del país.

Con el té, llegó también Ivanov, el circasiano de perilla gris y ojos claros y risueños en un rostro bronceado. Irmin le ofreció cigarrillos y el azucarero, y el hombre se sirvió generosamente. Sorbió el té como un buen ruso, fumó y observó al hombre para quien trabajaba desde hacía cuatro años. Los sultanes fundaron poblaciones en las fronteras del antiguo Imperio turco con familias caucásicas como la suya; eran gentes leales, dignas de confianza y, a pesar de compartir una misma fe, no tenían simpatía alguna por los lugareños, a los que prácticamente ignoraban.

Ivanov traía noticias desagradables para su jefe, y justo ese día tenía que encontrarlo con «humor europeo», sin la indiferencia que los hombres deben adquirir cuanto antes en Oriente si no quieren acabar huyendo de vuelta a casa. ¿Y si esperaba al día siguiente? Mientras lo decidía, empezó a hablar de las menguantes reservas de agua en las cisternas. Además, en la parte oriental de la Ciudad Vieja el aire era prácticamente irrespirable por los vapores de la planta incineradora que el coronel P. W. Bathy mandó construir en el valle del Cedrón. Ivanov sabía que esas instalaciones pestilentes, erigidas a las afueras de la ciudad a la manera militar (esto es: sin atender condiciones ni consecuencias), eran el blanco favorito de las burlas y críticas de su efendi. El viento de levante, que tanto soplaba en la ciudad, mostraba al desnudo la incompetencia de los supuestos civilizadores.

Esta vez, sin embargo, no funcionó echar mano de ellas. Irmin mostró su desinterés con un ademán.

—Está claro que has averiguado algo, Ivanov —dijo con un bostezo—. Ve al grano, me quiero acostar.

Ivanov pasó a dar parte. Un robo, de una audacia inaudita, llevaba de cabeza a la policía y a las autoridades desde hacía

unos días. A Irmin el asunto no le interesó gran cosa ni le pareció que el país fuera más inseguro tras lo sucedido. Aquellos hombres solo luchaban por ganarse el pan de cada día: los mismos que en las metrópolis occidentales lo hacían forzando cajas fuertes con palanquetas y sopletes rondaban las carreteras de Palestina como dictaban siglos de tradición. Sin embargo, esta vez habían asaltado una caravana con trece automóviles llenos de turistas ingleses. Una desgracia. Eligieron un punto de la magnífica carretera que unía Jerusalén con el mar Muerto y que descendía una pendiente de unos mil doscientos metros en poco más de una hora. El convoy se encontró con un alambre tensado de uno a otro lado de la calzada y a un grupo de hombres vestidos de blanco y armados con revólveres y rifles que, sin violencia alguna y con absoluta cortesía, desvalijaron a los turistas.

—Menuda idea, efendi. ¿A quién se le ocurre montar una caravana de trece automóviles?

Debían de ser beduinos y de una de las tribus más pobres, porque no solo se llevaron joyas, dinero y botas, sino también navajas, encendedores e incluso cajas de cerillas —en resúmenes cuentas, todo cuanto un hombre de nuestros días pudiera necesitar— y, al parecer, se esfumaron hacia Transjordania. Ese país al otro lado del Jordán, regido por su propio soberano, dio un cariz político a lo sucedido y puso enormes trabas a la investigación. Un empleado del Departamento Político visitó inmediatamente al emir Abdalá, que le dio toda clase de garantías, salvo la certeza de que se iba a dar con los ladrones. Ivanov y su jefe, sin embargo, se inclinaban por otra versión. Según se decía en los bazares, los autores eran, en efecto, beduinos venidos del otro lado del Jordán; sin embargo, los organizadores y auténticos beneficiarios —los contratantes, por así decirlo— vivían entre las murallas de Jerusalén. En boca de todos estaban un canadiense, un griego y un judío, y ahora solo hacía falta alguna pista... Sería perfecto dar con una pieza del botín puesta en venta o una lengua algo suelta. Ivanov se

empleaba a fondo en los barrios griego, árabe y judío de la Ciudad Vieja en busca de un carterista que, por lo visto, le robó la letra de cambio a un caballero sueco entre la multitud del Muro de las Lamentaciones. En esa búsqueda, también le llegaron confidencias sobre las malas compañías y los trapos sucios familiares de algunos jóvenes. Así es, en Jerusalén proliferaban los haraganes, los buenos para nada y los granujas, y los laboriosos felajín siempre tenían algo que contar cuando iban a la ciudad para vender sus verduras y corderos o las telas tejidas por sus esposas.

Irmin lo dejó hablar sin prestarle mucha atención. Ya se había formado una opinión del caso, que no le preocupaba demasiado de todas formas. Sin pretenderlo, esos ricos turistas habían contribuido al desarrollo del país y aliviado materialmente a los pobres beduinos. Por supuesto, había que detener a los culpables, pero no tenía duda de que antes o después acabarían entre rejas.

Por su parte, Ivanov, una vez que empezó a hablar, olvidó los reparos de minutos antes:

—Hay algo más. Ayer me llegó una información, aunque me incomoda explicar cómo... Podría resultar desagradable. En fin, tiene que ver con tu amigo holandés, efendi, con el profesor De Vriendt. Al salir de un café del Shuk, cerca de la sinagoga Hurva, me dirigí hacia la puerta de Sion para tomar un poco de aire fresco fuera de la Ciudad Vieja y regresar a casa en coche. Qué le voy a hacer, mis piernas ya no aguantan un día entero por las calles de Jerusalén... Cerca de la puerta, tuve ganas de evacuar..., y con urgencia. Como estaba en un paraje oscuro y poco frecuentado, busqué un rincón discreto a los pies de la muralla para hacer mis menesteres. Estando allí escondido, pasaron dos hombres y escuché su conversación. Uno de ellos mencionó el nombre de tu amigo y el otro le respondió: «El mismo. La sangre de ese perro debe correr más pronto que tarde».

Irmin levantó la vista. Todo su cuerpo estaba atento de pronto.

—¿En qué idioma hablaban? —preguntó—. ¿En hebreo?

—En árabe —respondió su agente.

En Jerusalén predominaban tres idiomas: el inglés de los turistas, los burócratas y los lugareños que querían sacarles algo a los otros dos; el hebreo que hablaban los judíos (sobre todo, los más jóvenes) en la calle y en el espacio público, y el árabe, que era el idioma con el que se comunicaba en general la población que no era judía.

A Ivanov le sorprendió que Irmin apostara primero por el hebreo.

—No, efendi —se apresuró a añadir—. Los dos hablaban árabe y uno de ellos bastante bien, por cierto. Me tomaré la libertad de decir que tu amigo no está siendo muy discreto. No estamos en Egipto y aquí la amistad entre un hombre adulto y un muchacho árabe no es habitual. A muchas familias no les gusta ver lo que hacen sus vástagos.

Irmin asintió. Ahí lo tenía. En realidad, le sorprendía que aquel momento hubiera tardado tanto en llegar. Poco importaba la naturaleza de la amistad que unía a De Vriendt con el joven Saúd. Además, prácticamente habría que ser miembro de la policía secreta para llegar localizarlo, pues Jerusalén era una ciudad hecha de ciudades, encajadas una dentro de otra como en un rompecabezas; después de cuatro años de servicio, en ningún otro lugar era tan fácil dar con rincones aún desconocidos, entradas a grandes edificios o diminutas escaleras que terminaban en patios escondidos. Si en cualquier gran urbe de Occidente un chico solo necesitaba una bicicleta y cinco minutos pedaleando para llegar a barrios y formas de vida desconocidos del todo para sus padres, en Jerusalén en esos cinco minutos y a pie podía desaparecer del mapa. De vez en cuando, salía a la luz algún detalle sobre esa vida secreta de sus hijos e hijas y las familias respetables se indignaban por ello.

—Entonces, ¿no sabes quiénes eran, Ivanov?

Irmin se levantó y empezó a dar vueltas con los pasos proporcionados de un hombre de estatura media, las caderas delgadas y espalda de atleta.

— Cuando volví a estar en condiciones de seguirlos, ya habían desaparecido... —dijo avergonzado—. De todos modos, uno de los dos tenía una buena educación. Estaría dispuesto a tragarme un puñal por ello.

— Tendremos que averiguar quién es Saúd y cómo son sus parientes. Esas palabras podrían tener consecuencias reales.

— Y graves —subrayó Ivanov—. Yo no diría que hablaran a la ligera. Ahora bien, unas palabras agrias dichas en mitad de la noche junto a la puerta de Sion no son ningún juramento...

Irmin estuvo de acuerdo. En esas tierras los ánimos no duraban mucho tiempo exaltados: o bien se traducían rápidamente en acciones, o bien se esfumaban sin dejar rastro.

— Aun así, efendi, sería conveniente vigilar a tu amigo como si fuera la mujer más bella de un harén. En lo que a él respecta, si es sensato, hará caso de las advertencias.

¿Qué había sido del humor europeo de Irmin? Estaba en pie y transformado en un hombre con todos los sentidos alerta; el aire traía olor a peligro y se disponía a hacerle frente. El sol había alcanzado su cénit, el bochorno seguía apretando sin misericordia y en aquel vestíbulo no soplaba ni una brizna de aire, pero ya no lo notaba. Tenía la mirada clavada más allá de Ivanov y más allá de aquellas paredes, en la calle de los Profetas, donde vivía De Vriendt, su querido compañero de deliciosas tardes de debate, conversación y partidas de ajedrez. Ese israelita holandés estaba condenado a ser un eterno proscrito; era un hombre torpe y de poco tacto y feroz enemigo de las convicciones y opiniones del común, o lo que es lo mismo: las de los sionistas, que concebían el judaísmo en términos políticos y así querían darle forma, relegando la vida religiosa a la esfera privada. De Vriendt, en cambio, era uno de los líderes de los judíos que llegaron a Tierra Santa movidos, ante todo, por la fe y la pertenencia, de hecho, a su ala más ortodoxa. Impartió unos brillantes cursos sobre los entresijos del derecho otomano (aún en vigor), pero se tuvieron que suspender por la antipatía de los estudiantes más jóvenes. Además, después

de ciertas conversaciones con el rey Huséin del Hiyaz, el rey Faisal de Irak y el emir Abdalá de Transjordania —de las que él mismo informó en dos periódicos del extranjero—, se vio apartado de los círculos dirigentes del judaísmo sionista y fue tachado de elemento nocivo para la construcción política del hogar judío. Su comportamiento e intervenciones públicas con ocasión de la visita a la tierra bíblica de lord Northcliffe, magnate de la prensa conservadora inglesa y poco amigo de los judíos, le granjearon también el odio entre los obreros. Con todo, el testarudo Y. J. de Vriendt no cedió y publicó dos nuevos artículos en el *Amsterdam Telegraaf*, en los que expuso con imparcialidad el punto de vista jurídico árabe en la disputa sobre el Muro de las Lamentaciones. No le fueron perdonados, menos todavía cuando los jurisconsultos de Su Majestad ratificaron sus conclusiones palabra por palabra desde Londres. ¿Y ahora, para colmo, también iban a caer los árabes sobre él?

A Ivanov se le escapó una sonrisa. Le encantaba esa expresión de su jefe; cuando los ojos le brillaban como si fuera un águila y le hacían la nariz más picuda. Sabía sonsacarle lo que quería. ¿Cómo había sido tan bobo de pensar que podría ocultarle el peligro que corría De Vriendt?

—Necesito que hagas una llamada, Ivanov —dijo Irmin pensativo—. El aparato está junto a mi cama. Llama al doctor Gluskinos, en el hospital de la calle Jafa, y dile que quiero hablar con él hoy mismo. —Y le explicó—: Es el mejor amigo de De Vriendt.

El circasiano asintió y salió de la habitación.

Irmin se quedó de pie junto a la fuente, con el ceño fruncido y las manos a la espalda, oyendo correr un hilo de agua. Había hecho dos cosas sin reflexionar y ahora necesitaba entender la razón. Para empezar, ¿por qué decidió acudir a Gluskinos? En segundo lugar, ¿por qué imaginó que esas palabras se habían pronunciado en hebreo? Pensó en Gluskinos porque no era agradable que un *gentleman* hablara con otro de sus relaciones más delicadas, así que para eso había inventado Dios a los clé-

rigos, los médicos y, muy posiblemente, también a los escritores; desde luego, no estaban para eso ni un policía ni un viejo militar, a quienes ser tan indiscretos les resultaría incluso más repulsivo que robar un caballo. En cuanto al hebreo... La pregunta escapó de sus labios porque De Vriendt nunca mostró ninguna consideración por los sentimientos de sus correligionarios. La situación de los judíos en Palestina —en especial, la de los sionistas— era comprometida en términos políticos por la resistencia de los árabes, la indolencia de la Administración y la indiferencia, e incluso el miedo, de amplias masas de judíos de todo el globo hacia el sionismo, que parecía amenazar su propia pertenencia nacional. Esto se traducía en escasos medios financieros, un desarrollo lento en demasía, inmigración frenada por las administraciones² y, en consecuencia, el enconamiento de la voluntad de sacrificio de los jóvenes exaltados que acudían al país con la determinación inquebrantable de transformar pantanos palúdicos en campos de trigo, suelos arenosos en naranjales, montes yermos en viñedos y caminos de tierra en modernas carreteras asfaltadas, y todo ello en condiciones inenarrables, bajo un sol abrasador y en las noches heladas, a lo largo de años en tiendas de campaña, azotados por lluvias torrenciales y agostados en verano. Tenían motivos para odiarlo. Y, como si todas esas dificultades no sobraran y no fueran ya momentos lo bastante difíciles, hacía de enemigo entre sus propias filas y en todas sus declaraciones decía justamente lo contrario de lo que pensaban, deseaban y creían que era correcto. Ahora, sin embargo, no eran ellos quienes lo amenazaban, sino los parientes de un chico árabe. Qué caprichosos eran a veces los caminos del destino.

² El plan elaborado por el Gobierno del Mandato británico en el verano de 1920 preveía la admisión de un máximo de mil doscientas personas inmigrantes al año, que debían ser económicamente independientes, tener parientes en Palestina o desempeñar una profesión útil para el país o perspectivas seguras de empleo.

—El doctor te puede atender a las cuatro en punto, antes de pasar consulta —informó Ivanov volviendo a la habitación—. ¿No hará mucho calor a esa hora, efendi?

—Hará un calor de mil demonios —respondió Irmin con una sonrisa—. Recuerda echar agua fría al radiador del automóvil y apárcalo a la sombra.

—Por supuesto.

Ivanov llevó la mano al gorro de piel de cordero y saludó a lo militar. El humor europeo de su jefe pocas veces se volatilizaba con tanta facilidad.